
SOBRE EDUCACION

I

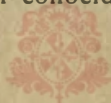
LA UNIVERSIDAD

Ya en otra ocasión trazámos la conocida historia de la Universidad europea. Dijimos entonces cómo en pos de la resurrección que obraron un emperador y un monje—Carlo Magno y Alcuino—en los clásicos estudios, apareció en París la Universidad, *desideratum* en materia de educación, instituto que nació adulto de las manos de la Iglesia como el hombre de las manos de Dios; y observámos cómo los países más adelantados en punto a educación no han hecho sino conservar los viejos claustros de la Edad Media, sin mudar ni estatutos, ni métodos, ni tradiciones, ni vestidos.

El *Studium Generale* de una de las Universidades inglesas las define «Escuelas de enseñanza universal.» Universales las enseñanzas, del universo entero los profesores y los estudiantes. Es la catolicidad de la enseñanza religiosa de la Iglesia, con las glorias que la acompañan, con las ventajas que de ella se derivan, aplicada a la enseñanza de las ciencias profanas.

Enseña el docto Cardenal Newman (1) que la idea de la Universidad se tomó de las célebres escuelas filosóficas y literarias de la antigua Atenas. Aquella ciudad, situada entre el oriente y el occidente, dueña de las sanas tradiciones del Asia, maestra de los pueblos dóciles de Europa; situada en clima benigno, en suelo risueño y fertilísimo, capital intelectual del pueblo más inteligente, más culto, más cómprendedor de lo bello, tenía en su seno todas las enseñanzas, dictadas por maestros eminentes entre cuantos han conocido los si-

(1) *Historical Sketches*, vol. III.



glos. Allí enseñaba Platón, el Divino, dialogando con sus discípulos bajo los pórticos de la Academia; Aristóteles, maestro por excelencia, paseándose entre los árboles del Liceo; Zenón, el estoico, dictaba su orgullosa doctrina; el cínico Diógenes instruía a sus oyentes en las encrucijadas de la ciudad. En el *ágora*, o plaza pública, discurrían los oradores ante concurso capaz de apreciarlos y seguirlos. Los poetas valían más que los guerreros; más los oradores que los caudillos; la fuerza se doblaba al poder de la cultura y el talento.

En el Pireo desembarcaban todos los días estudiantes de todas las naciones: persas y armenios, romanos y bárbaros, galos e iberos y africanos. ¡Qué diversidad de razas y de condiciones y de costumbres! Y todo lo nivelaba la fraternidad de las escuelas.

Ya llega un hombre de ínfima procedencia, luchador en los juegos públicos, llamado Cleantes, y se alista entre los oyentes de Zenón, y viene a ser discípulo predilecto y luego sucesor del insigne maestro; ya quien viene es un mancebo romano, de ilustre cuna, apellidado Cicerón, que siente en sí el fuego de la elocuencia, pero, escaso de voz y de escuela, busca una y otra cosa en la tierra de Demóstenes y Esquines. Otro romano, de plebeya estirpe, Horacio Flaco, aprende en la patria de Píndaro y Anacreonte, y vuelve a Roma a ser privado e íntimo amigo de Augusto y de Mecenas. Quien arriba más tarde no es simple patricio romano, es Marco Aurelio mismo, emperador del orbe conocido, amo y señor de la Grecia, a la cual domina por la fuerza, pero sin perjuicio de venir a pedirle la sabiduría, mezclado con los demás discípulos. Siglos después, dos jóvenes cristianos oriundos de Capadocia, juzgan no poder emplearse en la defensa de la Iglesia sin poner a su servicio las letras y filosofía de los griegos; estudian en Atenas y retornan a Oriente a ser, el uno Gre-

gorio Nacienceno, el más teólogo de los Padres de la Iglesia, y el otro Basilio de Cesaréa, a quien los siglos cristianos conocen con el título de *Grande*.

Grecia, vencida y subyugada en los campos de batalla, no abdicó su cetro intelectual. Los esclavos griegos comprados en los mercados de Roma eran maestros de sus amos. La Ciudad Eterna era capital del mundo político; Atenas continuó siéndolo del mundo civilizado.

Observa Newman, en la obra precitada, que la prodigiosa educación ateniense no se hacía en los libros, ni por ellos, sino por la enseñanza oral, por el mutuo comercio de ideas, por el medio ambiente intelectual de la ciudad. Para que un hombre se eduque, necesita conocimientos y estímulos. Los primeros se adquieren, o por la enseñanza escrita o por la oral. Pero la segunda es más eficaz que la primera. El libro habla, pero no responde; dice, pero no gesticula; es frío y pausado, por elocuente que se lo suponga. Los libros forman eruditos, la palabra forma sabios; los libros dan conocimientos, el maestro trasmite la sabiduría.

Obsérvese el cúmulo de nociones que un niño de familia culta tiene adquirido a los siete años: no cabrían ellas, si fueran a escribirse, en una biblioteca entera. Los discípulos de Jesucristo dejaron consignadas algunas de las doctrinas de su Maestro en las divinas páginas del Evangelio; pero ni entonces ni ahora son las palabras muertas de la Biblia lo que propaga el cristianismo, sino la palabra viva de apóstoles y predicadores y misioneros.

Sucede con la cultura intelectual lo que con la social. Aprenda un hombre en libros las reglas de la civilidad y el buen porte, y apenas se encuentre en sociedad, dejará ver la hilaza de que está hecho. Aquella distinción del caballero, la franqueza que no degenera

en indiscreción, la cortesía no afectada, el modular de la voz, la postura natural y decorosa, la oportunidad de las respuestas, la finura en el replicar, lo vivo de la conversación, el saber platicar con personas de opuestos gustos contentándolas a todas, y mil pormenores más que forman la gentileza cortesana, no se adquieren sino con el hábito de frecuentar, desde temprana edad, los salones elegantes.

Acontece algo parecido con la ciencia. Que sepa un hombre la gramática, y conozca las literaturas antiguas y modernas, y esté versado en ciencias naturales y en las matemáticas, y en la filosofía y en el derecho, todo ello en los libros aprendido; y ese tal no podrá aspirar al título de sabio. Porque no se ha puesto en comunicación con los letrados, ni ha oído defender contradictorias doctrinas, ni tiene el dón de la palabra, ni la bien entendida tolerancia con quien, en materias discutibles, lleva opiniones distintas de las suyas. Sabe los preceptos de la elocuencia, pero no ha oído a Larcordaire o a Donoso Cortés; puede conocer las leyes del arte dramático, pero no ha visto en las tablas a Talma ni a la Ristori; y aunque conozca las reglas del contrapunto y la fuga, no oyó el violín de Paganini ni la voz de la Patti o la de Mario.

Es conocida la saludable influencia de los viajes sobre la educación de un hombre; y nadie viaja en busca de libros, que pueden venirnos tan fácilmente, sino en busca de los monumentos antiguos, de los sitios históricos, de los museos artísticos, de los espectáculos de otra naturaleza, del trato con hombres de nacionalidades diversas.

En Atenas—y ésta es también observación del docto Cardenal inglés—los libros eran escasísimos, y en el siglo de Pericles no hubo en Atenas lugares donde comprarlos. Pero el discípulo no los había menester

para educarse. Newman nos lo va a explicar en el párrafo siguiente:

«Deja el estudiante desde temprano su pobre vivienda, a donde no regresará sino de noche. Pasa el umbral, no en busca de los periódicos del día, ni a comprar el bien encuadernado volumen, sino a respirar la atmósfera del genio, a escuchar las tradiciones orales del buen gusto. Sale, y dejando el tumulto de la ciudad, sube por la derecha a la Acrópolis, o vuelve a la izquierda en dirección al Areópago. Va al Partenón a estudiar las estatuas de Fidias; al templo de Dióscoris, para ver las pinturas de Polignoto. Nosotros podemos tener en el bolsillo un volumen de Sófocles o Esquilo; el morador de Atenas, para saber lo que es poesía trágica, se dirigía al sur de la ciudad, para oír y ver el drama puesto en acción. Se encaminaba al occidente y llegaba al Agora, y escuchaba las disputas de Licias y Andócides o las arengas de Demóstenes. Seguía en la misma dirección, andando a la sombra de los nobles plátanos sembrados por Cimón, e iba mirando a derecha e izquierda estatuas y pórticos y vestíbulos, obras maestras de genio y habilidad, y tantos, que con ellos podría edificarse otra ciudad. Pasa por la puerta de la muralla y ya está en el famoso Cerámico, sitio de las tumbas de los grandes hombres; quizás esté allí Pericles, el más alto, el más incisivo de los oradores griegos, convirtiendo la oración fúnebre por los muertos en panegírico filosófico de los vivos.

«Unos pasos más, y llega nuestro estudiante a la celebrada Academia, que ha dejado su nombre a todos los sabios institutos de nuestros días, y allí ve lo que no volverá a borrarse de la memoria hasta la muerte. ¡Cuán hermoso el lugar, qué grutas y qué estatuas, y después el templo, y todo refrescado por la apacible corriente del Cefiso! Pero nada de esto mira, ni oye

las disputas de maestros y discípulos, porque en medio de ellos alcanza a distinguir a Platón mismo. No logra oírle las palabras, ni se cuida de percibirselas tampoco; no necesita discursos ni disputas; lo que ve es un todo tan completo, que ni se puede aumentar, ni hay nada que se le compare. Será acontecimiento que hará época en su vida; imagen imborrable en su memoria, vínculo que lo liga con la humanidad. . . . Si ese extranjero no ha hecho en su viaje otra cosa que ver a Platón respirar y moverse, aunque nada haya leído, aunque con nadie haya disputado, tiene un principio de educación, algo qué contar cuando sea viejo a sus hijos y nietos.»

De modo que la Universidad, según la noción y práctica de los griegos, es conjunto de enseñanzas superiores, situadas en un centro tan culto que todo en él eduque y enseñe, dictadas oralmente por profesores de todos los países (1) a discípulos de todas las naciones.

II

LA UNIVERSIDAD EN LA EDAD MEDIA

No obedece la institución universitaria, sino en parte, a la ley del comercio, que requiere con igual necesidad oferta y demanda. Déense a un instituto sabios reglamentos, rentas copiosas, suntuosos edificios; si no hay maestros de gran prestigio que anhelan por comunicar su ciencia, todos aquellos son esfuerzos y dinero perdidos. Al contrario, haya profesores eminentes que se desvivan por enseñar, despierten en torno suyo discípulos ávidos de saber, y entonces sin claustros, sin leyes y sin rentas la universidad está realmente establecida.

(1) Anaxágoras era oriundo de Jonia; Carnéades, de Africa; Zenón de Chipre; Protágoras, de Tracia; Gorgias, de Sicilia; Andrómaco era sirio; Hilario, bitinio; Filisco, tesalio (*Newman*. Obra citada).

No se entienda por esto que consideremos inútil la acción de los gobiernos: la juzgamos, por lo contrario, indispensable en la mayor parte de los casos. El gobierno es el corredor de comercio intelectual que pone en relación al maestro que ofrece con el discípulo que sôlicita. Y si el estudiante, a más de encontrar preceptor, halla amplios claustros, y ricas bibliotecas y completos laboratorios; y si él maestro, fuera de alumnos que lo escuchen, tiene dinero y honores y estímulos, mejor que mejor para todos. Pero nuestra idea es que si los gobiernos pueden ser el alma de la educación, esa alma, como todas, necesita cuerpo que vivificar. No se puede fomentar lo que no existe, ni es posible— a lo menos así nos parece—dar leyes a un instituto que aún no está fundado. Decimos «nos parece,» porque no es ésta opinión general entre los suramericanos. El día en que nuestra tierra empezó a ser nación independiente, ya tenia hechas y derogadas tres constituciones. Aquí, la víspera de fundar un instituto, se le da reglamento pormenorizado; previsión prudente como la de aquel esposo, que el mismo día de sus bodas, mandó hacer traje de novia para la primera hija que tuviera.

Estas reflexiones nos han parecido conducentes a explicar el desarrollo de la educación en la edad media. Ya se sabe qué ruina fue aquella de la irrupción de los bárbaros. Aquí vendría como de molde un párrafo altisonante para describirla, y en ese párrafo sería obligación hablar de los cascos de los caballos de Atila. El respeto al ilustrado lector no permite el empleo de semejantes lugares comunes, ni el de aquel otro de que «los náufragos restos de la cultura romana, fueron a refugiarse en los monasterios benedictinos.»

Lo único conducente es decir que aquellos monjes, verdaderos maestros, se hallaban casi sin discípulos;

porque el estado de las sociedades europeas paralizaba la acción irresistible de los profesores. Peor se hallan, para el efecto, los países donde hay abundancia de estudiantes casi sin maestros que los enseñen.

Cesó al fin la agitación; al empuje de las naciones septentrionales sucedió el establecerse en las tierras conquistadas; al conflicto de las razas, el fundirse y mezclarse vencedores y vencidos; a los horrores de la guerra intestina, los primeros frutos de una relativa paz. Surgió en los ánimos, hechizados por el prestigio de los sabios, el anhelo de saber, y entonces vino la saludable influencia del poder civil. Carlo Magno, dueño de poderoso imperio, entendió la necesidad social; y, sin saber leer ni escribir, quiso dar a su pueblo el beneficio de la cultura del espíritu. No pidió libros, porque la ciencia no viaja por el correo: buscó un hombre, hizo venir de Inglaterra a Alcuino, lo alojó en el palacio imperial, se hizo discípulo del monje e invitó a los que desearan aprender. Aquel ejemplo no fue estéril: en toda Europa surgieron escuelas a imitación de la de palacio, y a poco florecían las letras en toda la extensión del continente. Sin embargo, nadie pensó, durante tres siglos, en fundar universidad. Aquellos retrógrados profesores sostenían que antes de formar universidad—el todo—era preciso tener sólidamente establecidas las escuelas, partes componentes del instituto. Lo mismo que creen los albañiles. Según ellos, es imposible hacer una casa y después fabricar los ladrillos de las paredes.

Bolonia y París dieron la norma de la Universidad, reuniendo en un cuerpo las célebres escuelas, famosas por sus glorias tres o cuatro veces seculares. Siguiéron las otras ciudades europeas, y el instituto universitario volvió a florecer en Europa.

Aquí corresponde averiguar hasta dónde la enseñanza de entonces estaba calcada sobre el modelo de la ateniense. Recordará quien haya tenido la paciencia de leer nuestro anterior artículo, que para los griegos debían reunirse maestros y discípulos de todo el orbe en una ciudad donde todo lo que el estudiante viera y oyera sirviese a educarlo, y en la que recibiera oralmente las doctrinas de maestros eminentes. Pues eso, y no otra cosa, fue la Universidad de la edad media. Elegíase una ciudad que, por su posición topográfica, fuera centro de varias provincias o naciones, ciudad de notoria cultura; y en lugar cercano de ella, para recibir las influencias ciudadanas, y fuera de ella, para tener edificios espaciosos y prados y bosques y jardines, se echaban los fundamentos de los claustros.

Rus in urbe, dice Lipsio, señalando el sitio propio a la Universidad. Por eso los belgas, añade, no fundaron la suya en Malinas, sino en Lovaina; y se espacia luego pintando la fresca naturaleza que circunda a esta última ciudad. No contento con la prosa, canta en versos latinos la hermosura de su Universidad, a la cual aflúan franceses y alemanes y españoles, ingleses y sármatas:

Salvete Athenae nostrae, Athenae Belgicae,
Te gallus, te germanus, et te sarmata,
Invicit, et britanus, et te duplicis,
Hispaniae alumnus, etc.

Si los alumnos venían de todas partes, de todas aflúan maestros. El alemán Alberto, llamado el grande, deja su puesto en la Universidad de París al italiano Tomás de Aquino; el irlandés Escoto Erígena enseña en Oxford; el inglés Alejandro de Hales, en París; el español Suárez, en Coimbra, para no multiplicar ejemplos. La educación de los siglos medios era en sustan-

cia la misma de Grecia y Roma, aunque distinta en la forma, como lo exigían la diversidad de edades, razas y costumbres. Una es la verdad, úno el bien; úna la belleza, emanación de lo bueno y lo verdadero; úna también la ciencia, expresión razonada de la verdad. El movimiento escolástico fue renacimiento clásico. Los doctos monjes bebían el saber en las obras de la antigüedad. Inglaterra se adelantó en esa obra a las demás comarcas europeas. Teodoro de Tarso lleva a la Gran Bretaña un soberbio ejemplar de Homero; San Adelmo publica su tratado de gramática y métrica latinas. El arzobispo Elberto forma la célebre biblioteca, donde, al lado de la Escritura y los Padres, se veían las obras de Aristóteles y Cicerón, Virgilio, Lucano y Estacio. Marciano Capella escribe sus famosos diálogos sobre filología y elocuencia, sacados de los clásicos latinos; Casiodoro enseña retórica por los libros de Cicerón y Quintiliano; dialéctica por Aristóteles y Porfirio. Alcuino pasa los años enteros en comentar y purificar el texto de Cicerón; y compone diálogos vivos y elegantes para enseñar jugando los preceptos de Donato y Prisciano.

Las nuevas razas no tenían ya el sentido estético de los griegos, ni la refinada cultura de los últimos romanos, pero tampoco la afeminada corrupción en que a unos y otros los habían hecho caer, victorias y prosperidades. A la estirpe latina se había mezclado la germánica, más lenta en entender, más tenaz en estudiar, más firme en retener lo aprendido. Los griegos no tuvieron talento organizador; los hijos de la edad media heredaron ese talento de los romanos. Las guerras, no sólo de nación a nación, sino de castillo a castillo, paralizaban la marcha del saber. La aristocracia fincaba su orgullo en las hazañas del combate, y tenía en menos las artes de la paz.

Pero en cambio de aquellos elementos de rudeza, eran aquellos siglos dueños de un elemento civilizador que no conocieron Grecia ni Roma antiguas: la doctrina del Cristianismo. Galos ni teutones no entendían ni expresaban la belleza corpórea como los antiguos, pero concebían ideales de hermosura espiritual que Atenas ni sospechó siquiera; el genio filosófico de Platón y Aristóteles ya no existía; pero cualquier siervo de la gleba sabía de boca de su párroco verdades trascendentales a que no alcanzaron académicos ni peripatéticos. Tempñaba el furor de las guerras la *tregua de Dios* establecida por la Iglesia. Con las violencias y desórdenes del castillo feudal contrastaban la paz y santidad del vecino monasterio. Las larguezas y enseñanzas de los monjes dulcificaban la amarga situación de los siervos. Eran déspotas los reyes, pero los detenían en sus desmanes los concilios; y la imparcial decisión de los Pontífices dirimía los conflictos entre los soberanos y los súbditos.

El clásico período ciceroniano no bastaba a la precisión de las grandes *summas* o síntesis filosóficas, último esfuerzo del espíritu humano; ni el latín antiguo tenía palabras para designar los millares de ideas y de objetos propios a la nueva civilización. Nació de aquí la baja latinidad, desarmoniosa y privada de elegancia, pero lengua universal con que se comunicaban profesores y discípulos de todo el orbe.

La intachable corrección y suprema elegancia de la arquitectura corintia bastaba a gentes que no aspiraban a otra dicha que la de esta vida terrena; los templos griegos estaban inundados de luz para que se viera la transparencia del mármol de Paros y se admirasen las formas de las estatuas desnudas. Los cristianos de la Edad Media necesitaban haces de columnas que subieran hasta perderse de vista, y se dispersaran

en todas direcciones, y se encontraran unas con otras formando las puntas del arco ojivo; y para entrever las toscas imágenes de rígidos pliegues vestidas; y para que el alma se recogiera en sí misma y volara después fuera del mundo, gustaban de la escasa luz que pasa por los vidrios de colores.

Una nueva ciencia, la teología, reina y señora de todas las demás, vino a sentar sus reales en las escuelas. El espíritu humano siguió agitándose, pero al discutir, ya tenían los sabios un punto fijo de partida. Y las distintas universidades, tomistas unas, escotistas las otras; unas defensoras del realismo, otras del nominalismo, tenían de común el dogma de la Iglesia, como poseían un mismo método científico y hablaban en idéntico idioma.

Eso fue la Universidad. En el próximo artículo la veremos funcionar con ayuda de los colegios, que la corrigen y completan.

III

EL COLEGIO UNIVERSITARIO

Acompáñanos con el espíritu, amigo lector, a una excursión en que vamos a salvar no sólo el espacio sino el tiempo. Remóntate algunos siglos atrás, pásala los mares, y vámonos juntos a ver la Universidad en acción. No lleguemos a Salamanca, ni a Tolosa ni a Padua: con la facultad generalizadora del entendimiento, formemos de todos aquellos institutos uno solo, ya que son semejantes entre sí. Hé aquí la ciudad; pero no paremos a verla, pasemos al río, y ya estamos en un amplio terreno cultivado. Mira aquel bosque a la derecha; a la izquierda los prados en flor; allá la colina de donde baja serpenteando y bullendo el torrente, orlado de alisos y sauces. ¡Cuántos edificios salpican el

paisaje, macizos los unos e imponentes, como castillos feudales; ligeros y graciosos otros, como quintas de recreo! Aquí se agrupan y dejan calles entre sí; cierra el paso la maciza verja de hierro. Ya gira sobre los goznes y nos brinda paso. Abrese una ancha plaza rodeada de verdaderos palacios. Al frente está la fachada de la iglesia; sobre la puerta, la imagen de la Virgen; en los nichos laterales, estatuas de los que fueron a un tiempo santos y sabios: Agustín, y Tomás de Aquino, y Anselmo de Cantórbery. Alternando con ellos, mira las imágenes de los fundadores del instituto: de rodillas, vueltos a Nuestra Señora, sin el nimbo de la santidad en la cabeza. Ya hemos visto en nuestro viaje muchas catedrales góticas: bástenos, al entrar a esta iglesia, adorar por unos instantes al Santísimo Sacramento, reservado en una de las capillas laterales y alumbrado por pesadas lámparas de plata. Por una de las puertas laterales se puede entrar a un claustro. Estamos en el corazón de la Universidad.

El ancho patio, cubierto de grandes baldosas, está rodeado de doble y elegante arquería; en el fondo se abre la amplia escalera de piedra, y por ella llega el viajero al tramo superior del edificio. Como son apenas las primeras horas de la mañana, no halla para que le sirva de guía, sino el conserje, única persona que vive dentro del claustro. Muéstrale las aulas tan espaciosas como un templo, con sus centenares de asientos dispuestos en anfiteatro, su techo de cedro tallado, la cátedra del profesor elevada en el fondo de la sala; le enseña en seguida la rica librería, el museo de pinturas, donde, al lado de los cuadros desprovistos de arte pero llenos de unción de los antiguos maestros, brillan los lienzos de Van Eyck, Lippi o Schoen, precursores del Renacimiento; los gabinetes de toscos instrumentos de

física; y, haciéndole subir a la torre, los medios de que se sirven los astrólogos para observar las estrellas y calcular los eclipses y fases de la luna.

Para verlo y admirarlo todo, serían precisos días enteros, y apenas disponemos de breves momentos, porque ya se oye en las calles el hervir precursor de las tareas. Mira cuántos grupos de estudiantes; unos pasean riendo y hablando alegremente; otros consultan sus apuntes, bajo la sombra de los árboles; aquéllos juegan bulliciosos en la vecina pradera. Tañe la campana mayor de la Universidad a lección de prima; todos los alumnos toman aspecto grave y van encaminándose al edificio. Los colegios abrigados a la sombra del *Alma Mater*, abren las puertas y dan salida a los colegiales y convictores que, con los repetidores a la cabeza, se encaminan al aula. Cada colegio tiene su uniforme distinto en forma y en color, y hace llevar a los suyos diferente beca cruzada sobre el pecho. Los estudiantes de los conventos llegan también, y contrastan sus raídas cabezas y burdos sayales con los rizados cabellos y elegantes opalandas de los colegiales.

Cada uno, estudiante libre o colegial, ocupa su asiento; véanse allí mezclados tipos de todas las razas, y se oyen hablar a media voz todas las lenguas. De repente cesa todo murmullo, el concurso entero se levanta y el profesor aparece en la cátedra. En la Universidad, sin el límite de tiempo ni lugar que hemos ideado, podemos oír a todos los maestros: a Francisco de Soto, gloria del Concilio de Trento, que explica sagrada teología; o a Suárez, el Eximio, que, leyendo filosofía, habla de los ángeles con tal lucidez, como si le bastara mirar interiormente la pureza de su propia alma o la alteza de su propio entendimiento; o escucharemos al franciscano Rogerio Bacon fundando la física moderna y vaticinando a sus discípulos los pro-

digios del vapor, y explicándoles las leyes de la visión y la teoría de las lentes; la de los fenómenos luminosos, y el descubrimiento de la pólvora, que muchos le atribuyen. Aquellos profesores no llaman lista, ni averiguan quién asiste a sus lecciones, ni premian ni castigan: son como las fuentes públicas, que corren sin cesar, sin convidar a nadie, pero dándole agua sin tasa a cuantos quieran beber en ellas. Suelen interrogar a los oyentes, pero únicamente como medio de conocer si han sido comprendidos; responden a las preguntas que se les dirigen; y en ciertas épocas hacen disertar o disputar a los alumnos en los ejercicios llamados *círculos*, para que junten a la teoría la práctica. Nada de libros de texto, nada de lecciones de memoria: la palabra viva del profesor lo hace todo. Los estenógrafos suelen recoger esas lecciones, que, publicadas años después, vienen a enriquecer las bibliotecas, formando para los futuros estudiantes ricas obras de consulta.

Gobierna la Universidad un rector, y cada una de las facultades—artes, filosofía, teología, derecho, medicina, etc.,—tiene su propio director. Ellos y los profesores forman el Consejo, única autoridad legislativa. Los gobiernos protegen la Universidad, no la dirigen; los estudiantes gozan de fuero, y no pueden ser juzgados sino por los jueces del Instituto; y éste envía sus representantes a los parlamentos del reino.

De los alumnos, los unos viven libres en la ciudad y se alojan en hospederías (*hospicia*) fundadas expro-feso para ellos; los otros forman parte de los colegios (*collegia*). Esta última institución tiene sus raíces en Atenas. Platón enseñaba al aire libre, en el portal de Academo; Aristóteles admitía en sus jardines del Liceo a cuantos quisieran escucharlo; pero uno y otro tenían, viviendo a su lado y bajo su inmediata dirección, y abrigados bajo el techo paternal del maestro, cierto

número de discípulos predilectos. Las lecciones del catedrático adornan la mente; la dirección del maestro forja el espíritu.

El cristianismo, para quien antes es la salud del alma que el vigor mental, no descuidó lo que ya había preocupado a los sensuales griegos. El Colegio es anterior a la Universidad. Las escuelas de los conventos brindaban, junto con la ciencia, la dirección intelectual, y dentro del claustro moraban los estudiantes laicos. Creadas las grandes academias, fue preciso ensanchar el beneficio. Es el Colegio, como la palabra latina lo indica, una reunión de jóvenes que moran bajo un mismo techo. Pero eso no basta. Para que forme cuerpo, necesitan autoridad que los gobierne, regla que obedecer y rentas y privilegios que les alcancen prestigio.

No es el Colegio parte integrante de la Universidad, aunque con ella se relaciona íntimamente; porque lo uno es fuente de saber abierta a todos, lo otro es refugio y hogar a pocos concedido. No dependen los colegios, en su organización interna, ni del rector de la Universidad, ni del Consejo de profesores. ¡Quién puede imaginarse al Maestro de las Sentencias dirigiendo la reparación de unas paredes, o a Santo Tomás vigilando, férula en mano, un estudio de chicuelos! Son fundados los colegios por príncipes u obispos eminentes, gozan de rentas propias, se dirigen por peculiares estatutos, y se amparan bajo el patronato de los gobiernos civiles o eclesiásticos.

Correctivo de la universidad llama el ilustre Newman a los colegios, y lo explica diciendo que «son y hacen todo lo que implica la palabra hogar (*home*).» «Cuando los mozos dejan la casa paterna, añade el eminente Cardenal, y cuando han viajado por centenares de leguas en busca del saber, hallan *altera Troia* y una *simulata Pergama* al fin de la jornada y en el

sitio de su provisional residencia. El nuevo hogar es indispensable a los jóvenes que, no concedores del mundo, naufragarían en él. Es refugio de la niñez inerme y desvalida que no puede socorrerse sin el auxilio ajeno. Es asilo providencial para los débiles e inexpertos que ignoran aún cómo han de habérselas con las tentaciones que afuera los aguardan. Es noviciado para los que no sólo son ignorantes, sino que todavía no han aprendido a aprender, y han menester que, con esmerada enseñanza individual, los adiestren a sacar provecho de las lecciones del maestro.»

Eso no es todo. «Es el Colegio—añade el autor citado—relicario de nuestros mejores afectos, nido de los más dulces recuerdos, hechizo para el resto de la existencia, descanso al espíritu agitado por los combates de la vida.» Comprobó Newman la sinceridad de las frases anteriores cuando, abrumado de gloria, octogenario casi, en vísperas de recibir la púrpura romana, se creyó feliz cuando el Colegio de Oriel le dio el título de *honorary fellow* (colegial honorario); y con lágrimas de alegría en los ojos volvió a pisar los viejos claustros donde había pasado los años mejores de su juventud.

Otro de los beneficios del colegio es enseñar a los jóvenes desde temprano a hacer buen uso de su libertad, acostumbrándolos a no ver como espantajo la autoridad. Pasa el niño de la blanda autoridad paterna a la paternal autoridad del rector; habitúase a amar lo que obedece y a obedecer al que ama; y luego, sin servilismo, sin adulación y sin miedo, acata en el curso de la vida a todo legítimo poder. Lo contrario sucede con los mozos a quienes se otorga prematura independencia: o miran al superior como enemigo, o deslumbrados por el aparato de la autoridad, o intimidados por amenazas del poderoso, no son respetuosos, sino

aduladores, no obedientes, sino serviles. La educación sin yugo forma cortesanos o demagogos.

Claro está que las observaciones precedentes se aplican al colegio organizado conforme al modelo universitario, alojado, dice Newman, en un *building of a prominent character*, fundado en el respeto cariñoso al superior, en las consideraciones mutuas entre los colegiales, y donde el rigor, alguna vez necesario, no sea la rueda principal del mecanismo.

Además de correctivo, son los colegios complemento necesario de la enseñanza universitaria. Se fundó ella para que un solo profesor eminente—y ningún país cuenta en cada ramo del saber los profesores eminentes por docenas—enseñe al mayor número posible de discípulos. Si en Alemania no hubiera Universidad, Pott enseñaría en un colegio la filología a treinta jóvenes; las demás escuelas tendrían cátedra de filología, pero no dictada por Pott. Pero la conferencia oral, tan rápida, tan amplia, tan llena, por esas mismas cualidades que la recomiendan, resulta superior a la capacidad de la mayoría de los alumnos. Casi todos ellos no sacan del aula sino recuerdos confusos de las maravillas que han oído. Tornan al colegio, y allí el repetidor les aclara las dudas, les analiza la síntesis del maestro, les dice una y cien veces lo mismo que escucharon, se lo hace formular uno a uno. Y se comprende que si los catedráticos, aun en Inglaterra, son raros, abundan excelentes repetidores, menos brillantes pero no menos útiles que el maestro. Claro que el alumno suelto también puede buscarse su repetidor para cada materia; pero pagarlo es lujo que no puede permitirse por lo común la proverbial pobreza estudiantil.

Véase, pues, la razón que asiste al padre Didón, a quien nadie tachará de retrógrado, para afirmar en reciente elocuentísimo discurso, que el internado cris-

tiano, educador de la voluntad, es lo único que puede detener a Francia en la vía del abismo a donde marcha acelerada.

Con lo dicho, que no es tesis sino historia, se comprenderá por qué se nos figuran extrañas las discusiones que suelen entablarse sobre conveniencia o inconveniencia del internado. Hacer facultades universitarias con internos es hacer triángulos de cuatro lados; quitarle el internado al colegio, so pretexto que las facultades marchan sin él, es como quitarle al cuadrado una línea, por cuanto no la han menester tantos correctos triángulos como se trazan en el mundo cada día.

1892.

R. M. CARRASQUILLA

TRADICIONES COLOMBIANAS

HASTA LA ETERNIDAD

Corría el año de 1678.

Habitaban por aquel entonces en la calle de mercaderes de Santa Fe de Bogotá, don Enrique Rubiano, su esposa y su única hija, Luisa, joven de notable belleza.

Las patriarcales costumbres de la capital del virreinato en aquella época, la carencia de comunicaciones entre las nacientes ciudades del Nuevo Reino, y la ignorancia en que se vivía respecto de todo aquello que no fuera la Madre Patria, formaron una sociedad recatada y espléndida que, al par que guardaba los atractivos de las costumbres españolas, se modificaba en un medio propio al desarrollo de todas las virtudes cristianas.

Sumidas han quedado en la oscuridad muchas tradiciones, reflejo de las prácticas predominantes durante